

Cultura popular y vida cotidiana en el imperio de Carlos V

Jodi Campbell

Aunque el monográfico del que este trabajo forma parte tiene como referente central la figura de Carlos V, el sector de la población objeto de análisis en este artículo tenía muy poco interés en el *rey-emperador*. Tampoco demostraban sus integrantes preocupación alguna por el diseño o las implicaciones de su política exterior. Ni siquiera se sentían impresionados por sus posesiones en las Indias o por su poder militar. Aunque quienes se han dedicado al estudio de la historia moderna de Europa en general y de España en particular han centrado su atención en cuestiones como la organización económica de los territorios peninsulares, la política internacional implementada por la Corona, los rasgos característicos de la cultura de las elites o la dinámica política predominante en aquellos momentos, enfoques que a mí me parecen absolutamente válidos, es un hecho incuestionable que la mayoría de quienes vivían en los territorios gobernados por Carlos V no tenían una concepción clara de ser parte del «imperio donde no se ponía el sol». Su mundo era mucho más pequeño y giraba en torno a la familia y a la comunidad de la que eran miembros.

Lo que el lector encontrará a continuación es un análisis histórico que tiene como objetivo de estudio las formas de vida de aquellos que no se integraban entre las elites, es decir, la gente del común que no aparece en los tradicionales análisis políticos o económicos, a pesar de que componían al menos el 90% de la población de las sociedades preindustriales. En otras palabras, y empleando un término acuñado por una tendencia historiográfica de crecientes dimensiones en los últimos años, lo que aquí se cuestiona es la *cultura popular* durante el reinado de Carlos V¹.

¹ La obra de Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (New York, 1978), puede considerarse el primer y el más importante esfuerzo para definir el estudio de la cultura popular. Para descripciones de la cultura popular en la España moderna, ver por ejemplo Marcelin Defourneaux, *La vie quotidienne en Espagne au siècle d'or* (Paris, 1964), Bartolomé Bennassar, *Los españoles: actitudes y mentalidad desde el siglo XVI al siglo XIX* (Madrid, 1985), José N. Alcalá-Zamora, ed., *La vida cotidiana en la España de Velázquez* (Madrid, 1995), e Yves-René Fonquerne y Alfonso Esteban, eds., *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos* (Madrid, 1986).

En principio el término *cultura popular* puede llegar a ser definido en contraposición a *cultura de élite*. Mientras esta última se desarrollaba en un contexto urbano determinada por los vínculos que la relacionaban con la riqueza, la formación institucional y la jerarquización política, la primera de las dos se define por su carácter rural, comunitario e informal, siendo el templo, la plaza o el mercado los más importantes lugares en los que se manifestaba. Sin embargo, y a pesar de tales diferencias, es muy difícil si no imposible delimitar de manera precisa un modelo genérico para cada uno de los dos casos, mucho más, si cabe, asociar cada uno de ellos a un determinado sector en función de su posición social. De hecho, en lo que hace a las sociedades agrarias de la Europa moderna, se podría reconocer ciertos elementos comunes a todos sus integrantes, aunque, por supuesto, eso no quiere decir que todos ellos compartieran los mismos valores o tuvieran las mismas prioridades. Existían diferencias entre los miembros de dichas sociedades: unos eran ricos propietarios de tierras, otros eran pobres asalariados sin ellas. Además, la singularización cultural pudo haber sido determinada por las propias características del medio geográfico, lo que explicaría las tradicionales rivalidades entre los pescadores cántabros y sus paisanos asentados en las montañas, o las diferencias entre los agricultores, arraigados de por vida a un pedazo de tierra, y los pastores, cuyas existencias quedaban marcadas por la movilidad impuesta por la trashumancia de los rebaños. De hecho, se puede afirmar que quienes se dedicaban al pastoreo en la península Ibérica compartían unas formas culturales muy características determinadas por la libertad y soledad en la que se desarrollaban sus existencias; lejos del clero, de la nobleza o de los funcionarios reales, tenían sus propios santos-patronos, sus propias celebraciones y llegaron a elaborar sus propias leyendas y a componer sus propias canciones, incluso, se dice que poseían notables conocimientos astronómicos. De la misma manera, la gente de la montaña, independientemente de su ocupación o posición social, llegó a desarrollar su propio acervo lingüístico y cultural, mostrando una gran resistencia al poder político central y a la religión oficial.

También se puede afirmar la existencia de una cultura característica de los grupos marginados de la sociedad, pobres y ladrones, que quedó reflejada en la tradición picaresca. Otros sectores sociales, como por ejemplo los soldados o los marineros, crearon sus propios rituales y dialectos. Quienes tenían raíces étnicas diferenciadoras, tales como los *conversos*, los *moriscos*, o los *gitanos*, con frecuencia fueron capaces de preservar sus costumbres en el vestir, la comida o las formas de diversión. La peculiaridad de la *cultura popular urbana* en general pudo quedar determinada por